

IBERO-AMÉRICA

El viento nos une.
 El viento que canta,
 casi calmaría, dulce cántico.
 El viento bravata, viento que arrebató.
 El viento que silba.
 El mismo viento transatlántico
 que sopla la imaginación
 en viajes precolombinos.
 El viento de las naves ibéricas
 y carabelas cruzmaltinas,
 viento planeador que refuta
 en las laderas andinas
 y alza en una corriente nevada
 el vuelo libre de la ala alada del cóndor.
 El viento de las balsas a velas nordestinas
 y el viento caudillesco, gaucho, equino,
 minuano, el viento acre de las pampas,
 bombachas, prenda mía.
 viento bajo, viento supino
 de los descampados uruguayos,
 de las planicies argentinas,
 a revolver las palas literarias
 de quijotescos molinos de harina.

Siempre el viento.
 El viento lento que despeina
 la paja de caña-caiana
 levantando la pollera acampanada de la bahiana
 en el centro de la rueda de samba.
 En los timbales de los afoxés.
 En los tambores de los candomblés.
 Trayendo el olor del puerto
 en cada frasco,
 en cada caja,
 en cada urna,
 en cada esquina nocturna,
 en las vultas del paso de un tango,
 entre las sombras de antiguos faroles,
 damas del asfalto, cigarros y rufianes.

Siempre el viento.

Viento vivo, viento cautivo, viento muerto.
 El viento del cual se abriga el cuello
 en la vuelta mansa de un chal de seda
 en el estibillo de un fado triste,
 de una calle angosta y corta, de una vereda
 y en el sorbo estallado de un trago de oporto.
 El viento en la flor sevillana de primavera,
 que el invierno no besó por un rato,
 a resonar en la castañuela flamenca
 y a rayar el traje oscuro de tiza.
 El viento a huir por el orificio
 del dique de la historia arcaica.
 El viento a correr del andarivel.
 El viento a escurrir de sangre
 de arriba abajo de las pirámides
 del sacrificio azteca,
 del filo de la plata incaica,
 de la herencia de la cultura maya.

El viento tejiendo arena.
 El viento de las olas.
 El viento de la costa.
 El viento del mar.
 El viento nos trae mezclados
 cordeles, sagas, retazos vagos
 de martines fierros, de sanchos panzas,
 panchos villas, yupanquis, macunaímas,
 bolívares, martís, gardeles, saramagos,
 en memoriales de conventos,
 en laberintos borgeanos
 en que viven sueltos, desatentos,
 los tigres de nuestra latinidad felina,
 tierna, hospitalaria y salvaje,
 y al mismo tiempo inocente y ladina.

El viento.
 Siempre el viento.
 El viento petrolero de Maracaibo
 a dibujar, muralista,
 riveras y portinaris
 en la cara de los retirantes
 de todos los meridianos,
 de todos los sextantes
 grabada en fuego,
 grabada en cruz.

El viento gitano, andaluz,
 a esculpir a golpes de Tejo
 las murallas de Toledo,
 que más allá del mar yo veo,
 y a amansar el silencio republicano
 del Valle de los Caídos
 en mosaicos catalanes de Gaudi.
 El viento a desamordazar
 los pañuelos de protesta,
 los pañuelos de luto funesto,
 de las Madres de Plaza de Mayo.
 El viento de una canción desesperada,
 una canción apenas,
 a redescubrir Neruda
 por los muertos de Santiago,
 perpetuados en el cobre
 y en la piedra de las minas chilenas.
 Antonios consejeros, alfonsinos, sebastianistas,
 inquisidores, montoneros, misioneros,
 cortesés, cabrales, heroísmo y villanía,
 tornado y brisa, rojo y morado,
 ortiga y madresselva, a evocar Canudos,
 Charco, Alcázarquivir, Palmares,
 las heridas, en fin, lavadas
 en las tablas trágicas del Río Mapocho,
 en el caudal de la torrente amazónica,
 por las lavanderas del San Francisco.

La brisa.
 Por fin la brisa.
 La brisa en la ventana,
 en la cortina y mucho más.
 La brisa peregrina
 en Santiago de Compostela.
 La brisa santificada de Fátima,
 de Guadalupe, de las barrocas Generales
 de los profetas de Aleijadinho.
 Del angelito de procesión.
 De los arabescos de España
 en el pasaje de los moros.
 La brisa de los abanicos madrileños
 de una tarde de toros
 a colorear el verde de Lorca.
 El verde de Palma de Mallorca.

El verde que hay y el verde que no hubo.
El verde de la anilina del alfeñique.
El de la esperanza.
El verde del limo de las incertidumbres.
El verde caldo de las berzas,
del afecto y de la melancolía portuguesas.
El verde mar que trae la brisa desamparada
al abrigo de las rocas de la Cordillera de los Andes.
Las antorchas que encienden y apagan
el faro de tierra a la vista
de esta gavia, de esta amurada.

Es un solo viento
el viento que nos une.
Un viento
al mismo tiempo
portugués y castellano.
Un viento de oración vespertina.
Un viento de arrebol.
Un viento portuñol.
Nuestra América Latina
y nuestra nueva Iberia
de sangre mezclada
indio y esclavo,
refinado y dorado,
la Iberia que nos liberta
la desnudez y la cubierta.
Es este viento
que nos une
y que encuentra
en el fondo de nosotros
el mismo compás,
el mismo drible,
el mismo esquite,
la misma batida,
la misma tinta,
la misma voz,
el anverso y el reverso,
el si y el no
del mismo apasionado
y siempre corazón.